

Bilbao



Un proyecto de
renacimiento urbano
y alma cultural

Texto Celia Carrera
Fotografía Pablo García Esparza

En la oscuridad, o iluminación tenue, las pupilas se dilatan para facilitar que a la retina le llegue la máxima luz posible y poder percibir al máximo las imágenes que le rodean. Podríamos decir que un proceso parecido ha tenido lugar en los últimos 20 años en la capital vizcaína que se ha convertido en uno de los grandes centros urbanos del mundo.

Bilbao, una ciudad en la que gobernaban los tonos grisáceos derivados de la siderurgia y la construcción naval, se dilata al igual que hacen las pupilas, permitiendo la entrada de luz y convirtiéndose en un lienzo impregnado de una explosión cromática deslumbrante y radiante. Una mezcla de ilusiones y realidades.

Al igual que en otras ciudades de toda Europa y América en la mitad de la década de los 70 y la década de los 80, el declive industrial sacudió los pilares de la ciudad creando la necesidad de replantear el futuro desarrollo urbano propio ya no de una ciudad, sino de una metrópoli. En aras a lograr ese objetivo, en mayo de 1991 se fundó Bilbao Metropoli-30, con la finalidad de elaborar un plan estratégico para la revitalización del Bilbao Metropolitano: "Bilbao es el lugar donde las ideas se hacen realidad." Y así ha sido.

Tras la implementación de estrategias centradas en el arte y la cultura, la ciudad renace en mitad de la niebla y la oscuridad. Los espacios que antes ocupaban los altos hornos, los astilleros o las playas de contenedores, se convierten ahora en paseos, parques, galerías de arte al aire libre y nuevos barrios donde la arquitectura de vanguardia desempeña un papel fundamental.

En mitad de un clima húmedo que suele asentarse durante días, se esconde una belleza palpable e innegable que posiciona la ciudad en un lugar significativo en el panorama cultural contemporáneo a nivel global.





A LOS MÁRGENES DE LA RÍA DEL NERVIÓN

En el corazón de la villa de Bilbao, fluyen las aguas de la Ría del Nervión, que a veces silenciosas, otras veces bravas, pero siempre fiel compañeras, son el reflejo de la identidad, la lucha y el renacimiento. La naturaleza de la ciudad se asemeja a la de su ría: fluye, está siempre en movimiento, en continuo cambio y progreso.

Bilbao, antes que villa, fue puente para el paso de lanas y otras mercancías, y refugio marítimo ante un mar embravecido y tempestuoso. Por ello, su transformación comienza por la recuperación de su Ría, protagonista de la historia y del entorno, y eje central de las primeras actuaciones de un proceso de transformación medioambiental a través de la sociedad Bilbao Ría 2000. Esta iniciativa comprendió la reubicación de las actividades portuarias; la construcción sobre la Ría del Puente Euskalduna y la pasarela Zubizuri –ambos inaugurados en 1997 para potenciar la comunicación entre los márgenes– y sobre todo, la construcción en su ribera de infraestructuras arquitectónicas que se han convertido en nuevos espacios urbanos de ocio y cultura.

Sin embargo, aunque la villa cambia y se transforma, la esencia y belleza también perdura en los puentes históricos y edificaciones premodernistas. Desde el Puente del Arenal –que conecta la Gran Vía con el Casco Viejo– podemos admirar la grandiosidad trascendental desplegada desde la fachada ecléctica del Teatro Arriaga (1890) o el rosetón semicircular de hierro y vidrio que distingue la Estación de la Concordia (1902), hasta el primer edificio que se eleva por encima de los 40 metros diseñado por Manuel Galíndez: el rascacielos de Bailén (1946). Los límites de la Ría desbordan una energía luminosa y rebosante de actividad.

De puente a puente, dejándonos llevar por la corriente, y siguiendo el paseo arquitectónico a las orillas del agua dulce, llegamos al puente e iglesia encaramada que comparten nombre: San Antón. Desde el propio puente que atravesaban los mercaderes que se dirigían al puerto, se atisba como si de un barco encallado se tratase –con grandes vidrieras y ventanales modernistas que permiten la iluminación natural del espacio– el Mercado de la Ribera de Pedro Ispizua, situado donde antiguamente se erguían los antiguos muelles de la ciudad. Un punto de encuentro eterno para los bilbaínos y visitantes por igual, donde los puestos tradicionales se combinan con los modernos gastróbares y terrazas, y donde la vida fluye sin cesar.

Al otro extremo, el frente de agua de Abandoibarra se aglomera con edificaciones que dejan atrás esta etapa más industrial, dando paso a una ciudad a favor de la cultura y servicios más avanzados: rascacielos empresariales como la Torre Iberdrola de César Pelli (2012); el Palacio de Congresos y de la Música de Euskalduna (1999) de Federico Soriano y Dolores Palacios; o equipamientos universitarios, cadenas hoteleras internacionales y operaciones urbanísticas inmobiliarias.

Al igual que el sol y las nubes se fusionan y comparten espacio en el cielo, en ese esfuerzo por transformar el paisaje, el pasado se entrelaza con el futuro, obteniendo como resultado un presente fascinante: los edificios inmemoriales cuentan la historia de la ciudad, mientras que las nuevas construcciones representan la innovación y el anhelo de la villa de alcanzar una imagen futura vibrante y emocionante.







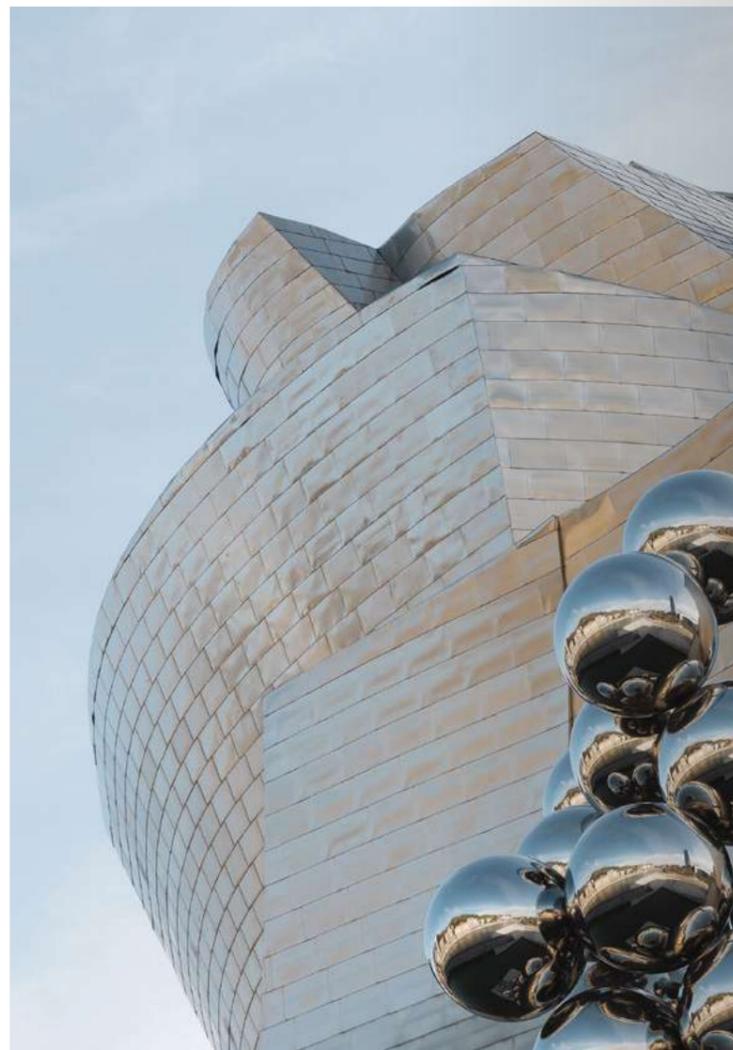
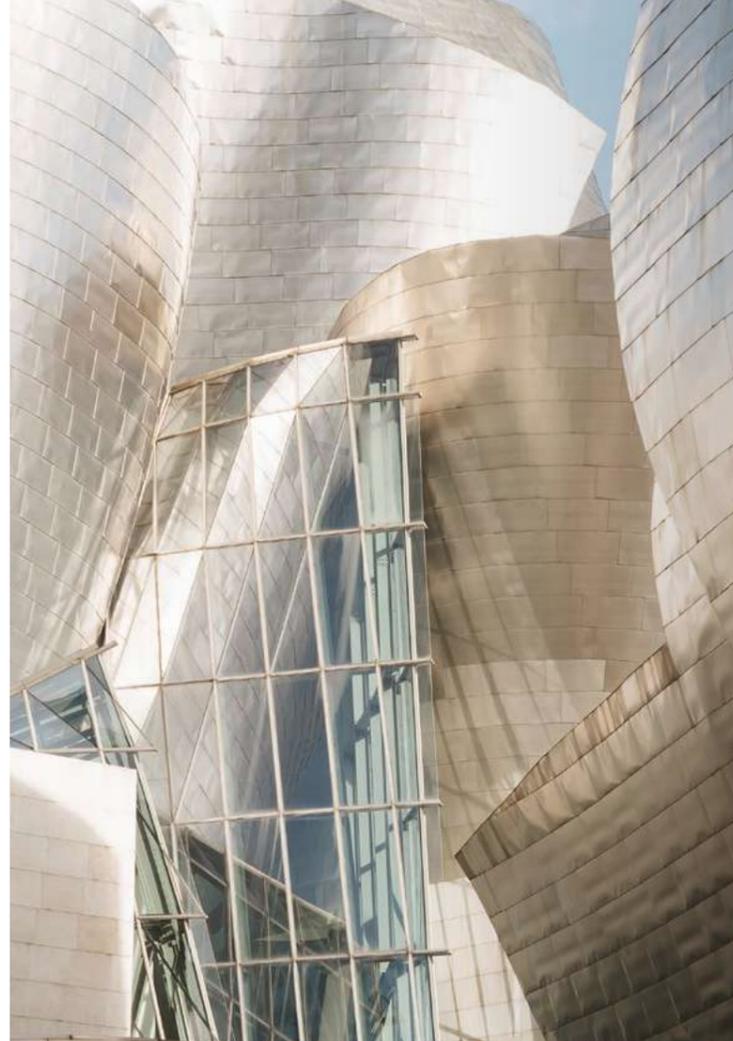
GASTRONOMÍA

Para vivir la auténtica experiencia gastronómica en Bilbao hay que ir más allá de la comida y la bebida y comprender que la compañía juega un papel clave. En el tradicional poteo se entrelazan zuritos, txakolis, pintxos y eternas conversaciones en las barras de toda la ciudad.

Desde los clásicos huevos de txikitero hasta las sofisticadas creaciones culinarias de establecimientos con Estrella Michelin, los pintxos han evolucionado en toda una cultura, con debates, concursos y certámenes locales.

La evolución de la ciudad también ha abierto nuevas fronteras gastronómicas. Aunque el foco tradicional y turístico está puesto en el Casco Viejo, zonas como el Muelle Marzana, a escasos minutos del centro cruzando el puente de la Ribera, demuestran que Bilbao es una ciudad abierta a nuevas propuestas más arriesgadas, equilibradas e internacionales.





“EL EFECTO GUGGENHEIM”, UN SUEÑO PALPABLE

La transformación de Bilbao cuenta la historia de cómo el arte y la cultura pueden transformar una ciudad en crisis, y cómo un sueño utópico puede perder su carácter idealista. Pero como en toda pócima mágica, existía un ingrediente secreto y necesario para la confección del conjuro: un museo de arte de prestigio internacional.

La inauguración del Museo Guggenheim Bilbao en 1997, situado junto a la Ría, logró posicionar la ciudad en la primera línea de las capitales del mundo, junto con Londres, Roma o París. Para una ciudad como Bilbao, célebre por sus astilleros y por su patrimonio industrial, el “efecto Guggenheim” se refiere no solo a la influencia que este icónico centro de arte tuvo en la regeneración urbana de áreas deprimidas –atrayendo alrededor de un millón de visitantes cada año–, sino también a su capacidad para desarrollar identidad y orgullo cultural.

Las ideas artísticas del arquitecto canadiense Frank Gehry constituían un enfrentamiento irreverente contra todo el sistema de valores consolidado durante las décadas de la modernidad. Con su reluciente exterior de vidrio y titanio, próximo a un puente de acero, el museo rompió con el uso de lenguaje de las curvas, dando vida a una forma que gira sobre sí misma y se enrolla a lo largo de la orilla y el espacio. Asombroso, sorprendente y admirable desde cualquier ángulo de visión.

La libertad tanto poética como creativa que van implícitas en su creación, permitió que en sus galerías pudiese albergar cualquier obra de arte. Aprovechando esto, el Guggenheim encargó a varios artistas la creación de obras que formarían parte de su colección permanente. Cabe destacar la obra que nos deja Richard Serra, maestro indiscutible de la escultura postminimalista de gran escala del siglo XX, y su obra *La Materia del Tiempo*, compuesta por planchas gruesas de acero que se mantienen en equilibrio y desafían las leyes de la gravedad. Una de las tantas obras del museo –y de la ciudad– donde experimentar un viaje emocional, que invita al individuo a descubrir nuevas sensaciones y perspectivas.

El sueño palpable de revitalizar la ciudad de Bilbao, ese deseo tangible, se asemeja a la obra de Richard Serra. En ambos casos, para comprender y admirar su belleza, se requiere de una participación activa y no de una mera contemplación estática. Se despliega una progresión del tiempo: por un lado, el tiempo cronológico que se tarda en recorrerla y observarla de principio a fin; y por otro, los fragmentos de la experiencia, que permanecen, se combinan y se reexperimentan. ■